



El canto del gallo



Oro

Salvador Munuera une naturalezas y entornos en un festival de sentimientos y sensaciones que a través de la mano de una niña, su hija, nos es dado a contemplar, con la sensación de intranquilidad y falta de certeza en el espectador, como invitado, no del todo deseado, al símbolo de la perpetuación de uno mismo, de paralización del tiempo, y también de la inexorable certeza de su paso, y por tanto, de la destrucción de lo más querido.

Ficcionar el instante vano....como si de brujo creyente, chaman non nato, quedara atrapado en el clic venturoso, al abrir y cerrar la cortinilla de la escena.

Tiempo ritual, paralización de lo cotidiano y ausencia de lo que se es y de lo que vas a ser. Tal vez el visor, como "En la ciudad blanca", o en "La Pecera" de Cortázar, no esté tan claro, del lado en el que queda.

Eduardo San Pedro Moros